



Seix Barral Biblioteca Formentor

Thomas Snégaroff

Putzi. El confidente de Hitler

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

FRATERNIDAD

Putzi cogió la gabardina y el sombrero con gesto ágil y abrió la puerta. Una corriente de aire helado se coló en la casa. Dejó a su amigo salir primero y luego cerró la puerta; este bajó la escalinata y enfiló el sendero de grava que llevaba al exterior de la propiedad. En unas pocas zancadas, Putzi lo alcanzó y le puso la mano en el hombro en un gesto de fraternidad.

El año 1924 llegaba a su fin. Por primera vez, Hitler visitaba a los Hanfstaengl en su nueva casa. Apenas unos días antes, había sido liberado de la cárcel de Landsberg, donde solo había purgado una ínfima parte de la pena a la que había sido condenado tras el penoso fracaso del *putsch* de la cervecería, el 8 y 9 de noviembre de 1923. Estaba furioso. ¿Qué le importaba la libertad si no tenía derecho a hablar en público? El *putsch* y el juicio le habían asegurado una sólida notoriedad en el país, de la que no podría sacar ningún partido.

Nada más ser liberado, había ido a casa de los

Hanfstaengl. Putzi, uno de sus fieles, había logrado huir tras el fallido golpe de Estado. Junto a otros fugitivos, entre los que se encontraba Hermann Esser, uno de los más antiguos compañeros de Hitler, había cruzado la frontera austriaca y hallado refugio en Salzburgo. Por temor a ser detenido si trataba de regresar a Alemania, Putzi había pasado varias semanas lejos de su hogar antes de volver a cruzar la frontera en Nochebuena. Oculto en Múnich, se había enterado de que habían retirado los cargos contra él. Se había sentido aliviado y deprimido a la vez. ¿No era, pues, lo bastante importante para ser juzgado?

La visita de Hitler lo llenaba de gozo. Era él a quien había elegido el Führer, y no a alguno de los incultos que gravitaban a su alrededor. Putzi los aborrecía y más aún la confianza que Hitler les otorgaba. Cuando Alfred Rosenberg había sido nombrado líder del movimiento en el ínterin, Putzi había estado a punto de romper con Hitler del todo.

No era ningún ingenuo. Sabía que su amigo no había venido solo por él: sentía pasión por Helene, su esposa. Desde que se habían conocido en enero de 1923, gracias a Helene el Führer había pasado a ser un huésped regular de los Hanfstaengl, que lo recibían en su modesto apartamento de Gentzstrasse, en Múnich. Tras un mitin celebrado por Hitler en el circo Krone de esa misma ciudad, Putzi le había presentado a su esposa. Sin apartar los

ojos de los de Helene, el Führer había aceptado su invitación a cenar.

El apartamento de los Hanfstaengl se había convertido para él en un hogar de sustitución. Pasaba allí largas veladas charlando con Putzi de la actualidad del mundo, monologando sobre el renacer del Imperio alemán o jugando con el pequeño Egon, a quien gustaba de sentar en su regazo para contarle sus recuerdos de la Primera Guerra Mundial, imitando el sonido de los cañones, lo que asustaba y divertía al niño. Todo ello mientras lanzaba miradas furtivas a esa «hermosa norteamericana» que se movía con gracia en su impecable apartamento.

Putzi no estaba celoso. Había entendido enseñada que Hitler sería incapaz de caer en la tentación: el contacto físico lo asqueaba. Le había bastado con verlo rozar apenas con los labios la mano de Helene, o negarse a bañarse en verano en el Báltico o en algún lago de Baviera para forjarse una opinión sobre el pudor paralizante de Hitler. Ese hombre podía quedarse a solas con Helene y hacerle las promesas de un amante lleno de deseo sin que nunca ocurriera nada carnal. Años más tarde, tras tratar pese a todo de encontrarle esposa, Putzi les confiaría a unos amigos: «Hitler es asexual».

Pero no era ese el único motivo para no sentirse celoso. El hecho es que Putzi no amaba a esa mujer con la que había contraído matrimonio

apresuradamente en 1920 solo porque era mayor para seguir soltero.

Putzi contaba entonces treinta y dos años y se pasaba el tiempo holgazaneando tras el mostrador de la Academia del Arte, una tiendecita que había abierto en Nueva York al final de la guerra, enfrente del Carnegie Hall. Era lo que quedaba del sueño americano de su padre. Poca cosa; unas pocas litografías que habían escapado de milagro a las autoridades del país, que habían confiscado los bienes de los alemanes y los germano-estadounidenses.

En dicha tiendecita los clientes escaseaban tanto que Putzi no pudo no reparar en la joven rubia que se presentó allí un día de diciembre de 1919. Tenía a su favor el ser la única hija de un hombre de negocios de Bremen emigrado a Estados Unidos. En las pocas fotos que hay de ella se ve un rostro corriente, bonito, pero sin misterio. Unas cuantas cenas más tarde, Putzi y Helene Niemeyer se prometieron, pensando cada cual secretamente que había hecho un buen negocio. Entre ellos nunca hubo amor. Para Putzi, los amores de verdad habían terminado en gritos, lágrimas y la promesa de no volver a verse nunca más. Djuna Barnes, a la que había adorado y con la que había estado muy cerca de casarse, era la vida de antes, la vida bohemia, la Nueva York brumosa, literaria

y nocturna de la década de 1910: «*It's sex o'clock in America*», decían los titulares de la época.

Una noche de 1914, en el puente de Brooklyn, entrevió la posibilidad de un destino. Las fuentes no dicen si la guerra había empezado ya al otro lado del Atlántico. Putzi vio primero una sombra en el puente mal iluminado. Los imagino caminando en la misma dirección: ella abandonando Greenwich Village, donde se había instalado el año anterior, y él, su bonita tienda de la Quinta Avenida. ¿Qué iban a hacer al otro lado de aquel puente barrido por el viento? Quizá frecuentar los bares de Brooklyn.

Una fina silueta oculta bajo una larga capa negra, una chaqueta masculina de cuadros abierta sobre una camisa blanca de cuello ancho, un turbante coronando un corte de pelo *à la garçonne*, unos labios rojo oscuro y unas mejillas hundidas que no mermaban la armonía de un rostro cuyos ojos reflejaban una profunda tristeza: esa sombra de refinada elegancia llevaba consigo un universo entero. Putzi quedó cautivado. El nombre de Djuna Barnes no adornaba aún ningún diario ni ningún libro. Putzi la había cortejado con desenfreno y le había prometido que expondría sus obras en su tienda —ella realizaba esbozos y aún dudaba entre el dibujo y la literatura—. De tanto frecuentarla, había trabado relación con el séquito de admiradores de Djuna. Era un mundo fascinante. Un joven escritor sin blanca, Edmund Wilson; un

dramaturgo de talento reconocido, Eugene O'Neill; una actriz sublime, Mary Pyne, que, pese a ser la pareja del poeta Harry Kemp, sin duda mantuvo una relación amorosa con Djuna. Y muchos más, a los que imagino sorprendería ese marchante de estatura sin igual y apellido alemán. Él, al menos, tenía dinero. ¡Y qué divertido era! Pasaban con él veladas enteras bailando, riendo y bebiendo. Tocaba bien el piano y se prodigaba en hilarantes parodias: con voz de falsete imitaba a tal o cual actriz de moda, y acto seguido, con voz estruendosa, ¡a Teddy Roosevelt cazando elefantes!

La guerra parecía lejana. Putzi creyó encontrar su destino en las volutas de Greenwich Village. Llevaba una vida de pigmalión norteamericano junto a Djuna, que publicó su primer libro en 1915. Obtuvo un éxito modesto, pero empezaba a existir. Ante la insistencia de Putzi, se prometieron. Era excéntrico y tenía unas manos sublimes. Manos de pianista, largas y fuertes. Putzi amó a Djuna, como sin duda no volvió a amar a nadie nunca más, hasta el punto de perdonarle sus noches junto a otros cuerpos, el alcohol y la droga, que hacen perder la cabeza.

Pero la guerra lo barrió todo a su paso. En 1917, llevado por un repentino patriotismo, Putzi le anunció a Djuna que solo se casaría con una alemana. La ruptura fue tan violenta que la joven pensó en suicidarse. Años más tarde, dedicaría a este episodio una escena de *El bosque de la noche*,

que finalmente el editor suprimió. A Putzi le faltó poco para ser un personaje de novela. Cuando el libro se publicó, en 1936, no había olvidado a Dju-na, a la que había seguido viendo en París y en Londres. Y tampoco había abandonado la esperanza de ser un personaje de novela.

Antes de Helene, también había estado con Mary Foote, una pintora que le sacaba diez años y que ejerció sobre él una breve pero intensa fascinación. Fue la calma tras la tempestad. Claramente, le atraían las artistas. En cuanto a Helene, fue una elección de adulto, sensata. Con ella, Putzi enterró la pasión. Podía imaginarse un porvenir. Un año después de casarse, nació su hijo Egon. ¿Así viven los hombres? Putzi se convenció de ello. Era una pareja triste y, al cabo de unos meses, aunque las apariencias se mantuvieran armoniosas en público, en el hogar ambos dejaron de fingir ser felices. Al cabo de un tiempo, Helene ya ni siquiera le reprochaba a Putzi sus salidas nocturnas, que sin duda terminaban entre las sábanas de otras mujeres. En un primer momento ello inquietó a Putzi, pero acabó por acostumbrarse.

Según Helene, que apreciaba mucho a Hitler, este le debía la vida.

La noche del 8 al 9 de noviembre, el *putsch* fracasó. Los sublevados solo tomaron el poder en la cervecería: no llegarían más lejos. El ejército y la policía no se unirían a su loca aventura.

Putzi tenía por misión informar a la prensa extranjera: algo importante iba a ocurrir en la *Bürgerbraukeller*, una cervecería de Múnich. Entre los pocos periodistas estadounidenses a los que convenció para que fueran al local se encontraban Larry Rue, del *Chicago Tribune*, y H. R. Knickerbocker, de *The Baltimore Sun*, que pudieron calibrar lo lamentable que fue ese golpe de Estado.

Esa noche, el desfile en el que participaron Hitler, Lunderdorff, Scheubner-Richter y Göring, así como numerosos aspirantes de la escuela de infantería, parecía de muertos vivientes. Catorce golpistas y cuatro policías fallecieron en un tiroteo. En cuanto a Putzi, estaba bien a cubierto: no sería la última vez que se quedara al borde de la historia.

Cuando se disponía a reunirse con los demás, se enteró de que la policía había disparado a sus compañeros. El nazi Scheubner-Richter había muerto. En su caída había arrastrado a Hitler, salvándole quizá la vida. Aturdido y dolorido, con el hombro dislocado, este consiguió escapar por una calle lateral, donde tuvo la fortuna de toparse con el doctor Walter Schultze, un SA, que se apresuró a meterlo en un coche.

Schultze se dirigió al sur, a Garmisch, rumbo a Austria. Pero el pueblo de Uffing estaba de camino, y Hitler recordó que, unos meses antes, Putzi y su hermana Erna habían comprado allí una segunda residencia —una bonita casa tradicional, situada no muy lejos de la granja de su madre y del lago Staffelsee, en el que se reflejan en invierno las cumbres nevadas de los Alpes bávaros.

A la puerta de dicha casa llamó hacia las siete de la mañana. Helene dormía profundamente, agotada por su segundo embarazo. Cuando despertó por fin, pensó que alguien le traía noticias de su marido. Se sorprendió al ver a Hitler en el umbral, su tez cadavérica la asustó. Lo acompañaban dos hombres, un médico y un enfermero. Estaban nerviosos y lanzaban miradas a sus espaldas. «Rápido, señora, abra la puerta, seguramente nos siguen.» Se dio cuenta de que Hitler estaba dolorido; el médico no había conseguido volver a ponerle el hombro en su sitio.

Tras un breve descanso, Hitler decidió que

era hora de reanudar camino hacia Austria. Pero era demasiado tarde. Llamó la madre de Putzi. La policía estaba en su casa. Los agentes acababan de registrarla y no tardarían en llamar también a su puerta. Todo había terminado. Lívido, Hitler flotaba en el albornoz de Putzi que Helene le había prestado. Según ella, este cogió entonces su pistola, decidido a volarse los sesos. Con un gesto rápido, ella le arrebató el arma, la escondió en un bote de harina y censuró a Hitler por haber pensado en abandonar la lucha y a los compañeros que creían en él. «¡Saldrá de la cárcel convertido en un héroe!», le dijo.

Tras recobrase, Hitler dictó instrucciones para sus colaboradores más cercanos. Unos instantes después, el teniente de policía Rudolf Belleville lo esposó, sin que Hitler opusiera la más mínima resistencia.

En el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho para protegerse del frío y el corazón acelerado, Helene miró a Hitler alejarse, orgullosa de haberle salvado la vida.

La historia se lo agradecería, pensó.